

MUERTE Y ESPERANZA, SEGÚN SAN JUAN DE ÁVILA

JOSÉ LUIS MORENO MARTÍNEZ

INTRODUCCIÓN

El pensamiento de San Juan de Ávila sobre la muerte puede contribuir hoy a una mejor catequesis sobre la escatología cristiana¹. Las circunstancias de su época son muy distintas de la nuestra, pero el contenido fundamental del Mensaje es el mismo y algunos de sus subrayados son de plena actualidad. La mirada hacia el pasado de la Iglesia es fecunda también para construir el futuro, como el Papa nos ha recordado recientemente: «los santos con su ejemplo nos han señalado y casi allanado el camino del futuro; a nosotros nos toca, con la gracia de Dios, seguir sus huellas»².

El tema de la muerte es frecuente en los escritos del Apóstol de Andalucía. No sólo el de la pasión y muerte de Cristo, que es central y clave en toda su obra, como expresión del amor de Dios al hombre³, sino también el de la muerte del cristiano. Aparece en textos donde el Maestro Ávila enseña la práctica de la oración, en sermones que exhortan a la conversión y en cartas que consuelan por la muerte de seres queridos o que van dirigidas a personas cercanas a la muerte. Los diversos textos podemos agruparlos en dos aspectos: la meditación sobre la muerte y su sentido desde la esperanza cristiana⁴.

1. Sobre este tema se detectan lagunas notables en la formación: vid. el estudio promovido por la CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La enseñanza religiosa en los Centros escolares. Estudio sociológico 1998*, EDICE, Madrid 1998, pp. 67-70.

2. *Novo millennio ineunte*, 41.

3. Cfr. nuestro trabajo: J.L. MORENO MARTÍNEZ, *Figuras bíblicas de la cruz en San Juan de Ávila*, en AA.VV., *El Maestro Ávila. Actas del Congreso Internacional (27-30 noviembre 2000)* (en prensa).

4. El tema no ha sido estudiado con amplitud; tan sólo brevemente: J. ESQUERDA BIFET, *Diccionario de San Juan de Ávila*, Burgos 1999, s.v. «Esperanza» y «Muerte»; ID. *Introducción a la doctrina de San Juan de Ávila*, Madrid 2000, pp. 244-245.

1. LA MEDITACIÓN SOBRE LA MUERTE, EJERCICIO DE AUTOCONOCIMIENTO

Al menos en seis lugares Juan de Ávila plantea de manera sistemática la meditación sobre la muerte como uno de los elementos de su pedagogía de la vida espiritual⁵. En el tratado *Audi, filia*, al comentar la palabra «ve» de Sal 44, 11⁶, explica que se ha de tener recogimiento de los ojos exteriores para ver mejor con los interiores y que lo primero que ha de mirar el hombre es a sí mismo, después a Dios y después al prójimo. Conocerse a sí mismo es el paso primero y fundamental, que nuestro santo apoya en Ct 1, 7: «*Si no te conoces, oh hermosa entre las mujeres, salte y vete...*»⁷ y en autoridades como San Gregorio Magno, San Bernardo, Orígenes y San Agustín. El socrático «conócete a ti mismo» se transforma en el agustiniano «*noverim me, noverim te*», que establece el propio conocimiento como base para llegar al conocimiento de Dios⁸. El objetivo del propio conocimiento es «tenerse en poco» y así adquirir la humildad, que es el fundamento de las demás virtudes⁹.

5. *Audi, filia*, c. 60 (I, 707-708); *Carta 5* (V, 49); *Carta 236* (V, 784-785); *Breve regla de la vida cristiana* (VI, 487-499-500); ponemos entre paréntesis los lugares según la edición que citamos: L. SALA BALUST-F. MARTÍN HERNÁNDEZ, *Obras completas del Santo Maestro Juan de Ávila*, 6 vol., BAC, Madrid 1970-1971. También aparece el tema en el *Tratado VI: Consideración sobre la muerte*, recientemente editado por I. VÁZQUEZ JANEIRO, *San Juan de Ávila: siete tratados inéditos*, Fundación Universitaria Española, Madrid 2000, pp. 119-120.

6. El tratado, dirigido a la joven Dña. Sancha Carrillo, como síntesis de la oración y vida cristiana, se organiza como un comentario a Sal 44, 11-12: «*Oye, hija, y ve e inclina tu oreja y olvida tu pueblo, y la casa de tu padre, y cobdiciará el Rey tu hermosura*».

7. En la 2.ª edición del *Audi, filia*, Juan de Ávila sigue la lectura «*Si ignoras te*» («*Si no te conoces, oh hermosa entre las mujeres...*») de Ct 1, 7 de la Vulgata. En la 1.ª edición seguía la lectura «*Si te conoces hermosa entre las mujeres...*», según el texto hebreo. Buen conocedor de la Biblia desde sus estudios en Alcalá, es consciente de la diferencia: «El cual lugar os declararé según la letra griega y edición Vulgata, a la cual el Concilio Tridentino nos manda seguir, puesto caso que, según la letra hebrea tenga otro sentido» (*Audi, filia* 57: OC, I, 700).

8. En la *Carta 12* comenta el significado del «*noverim me, noverim te*» (S. AGUSTÍN, *Soliloquios* 1.2 c. 1, 1) y explica la relación entre ambos conocimientos y la importancia del propio conocimiento: «Esta cosa tan alta que es conocimiento de Dios, no se alcanza sin esta otra que parece baja, que es conocerse a sí mismo... Nunca vi seguridad de ánima sino en el conocimiento de sí misma. No hay edificio seguro si no es hecho sobre hondo cimiento... ¿Qué cosa es hombre que no se conoce ni examina sino casa sin luz, hijo de viuda mal criado, que por no ser castigado se hace mal, medida sin medida y sin regla y por eso falsa y finalmente hombre sin hombre?» (V, 106-107). Sobre el tema del propio conocimiento en la historia de la espiritualidad, vid. P. COURCELLE, *Connais-toi toi même. De Socrate a Saint Bernard*, Paris 1974, 790 p.; y en la mística española: R. RICARD, *Notes et materiaux pour l'étude du socratisme chrétien chez Sainte Thérèse et les Spirituels spagnols*, en «Bulletin hispanique» 49 (1947) 5-37; 170-240.

9. «El primer cuidado que tengáis sea cavar en la tierra de vuestra poquedad, hasta que quitado de vuestra estimación todo lo movedizo que de vos tenéis, llegéis a la firme piedra que es Dios, sobre la cual y no sobre vuestra arena fundaréis vuestra casa» (*Audi, filia*, 58: I, 703).

1.1. *Contenido de la meditación*

Para el ejercicio del propio conocimiento el primer paso es la meditación sobre *el momento de la propia muerte*. Juan de Ávila da instrucciones precisas para ello: cada día al anochecer se ha de recoger uno durante una hora u hora y media y, después de algunas oraciones vocales, se ha de meter lo más dentro del corazón y en la presencia de Dios: «Haced cuenta que estáis ya en el paso de vuestra muerte, lo más verdaderamente que lo pudiéredes sentir, diciendo a vos misma: “llegar tiene algún día esta hora de mi acabamiento; no sé si será esta noche o mañana; y pues ciertamente ha de venir, razón es que piense en ello”. Pensad cómo caeréis en la cama y cómo habéis de sudar el sudor de la muerte; levantarse ha el pecho, quebrantarse han los ojos, perderse ha el color de la cara, y con grandes dolores se apartará esta junta amigable del cuerpo y del ánima...»¹⁰. Y el santo Maestro va describiendo detalles que pueden llamar más a la observación y a sacar consecuencias: la mortaja, las andas, el lloro de los acompañantes, el entierro, el olvido, los gusanos, la reducción a polvo¹¹.

La aplicación que extrae para el propio conocimiento es: «mirad allí con atención en qué paran la carne y su gloria». En efecto, la muerte instruye:

- Sobre la vanidad de la riqueza: «veréis cuán necios son aquellos que, habiendo de salir tan pobres de este mundo, andan ansiosos ahora por ser muy ricos» (*Audi, filia*).
- Sobre los honores: «habiendo de ser tan presto hollados y olvidados, tienen gran sed en ponerse en más altos lugares que los otros» (*Audi, filia*).

10. *Audi, filia*, 60 (OC I, 707).

11. Las descripciones son similares en *Audi, filia* y en las *Cartas* 5 y 236. Con más detalles del proceso de morir, en el *Tratado VI*: «Consideren: ¡Oh, Señor, que es cierto que, si no me lleváis de muerte súbita, vendrán días en los cuales enferme! ¡Oh qué alboroto al llamar a los médicos, frecuencias de medicinas! ¡Qué sentiré cuando con palabras secretas mis amigos y deudos me persuadan a que me confiese! ¡Qué alboroto cuando anden en consulta para que me digan me conviene olearme! ¡Qué sentiré cuando digan: señor, muchos oleados sanan, en término estáis de recibir la unción! Deshauciado de los médicos, ¡qué sentiré cuando vea que lo he con muerte, que no me dejará por dineros, ni bastará retórica ni pláticas, no habrá lástima de dejar a la mujer viuda, los hijos huérfanos, no la moverán lágrimas de parientes ni amigos! Pues, ¡qué será cuando ya me vea en lo último, en la una mano el crucifijo y en la otra una candela, y me ayuden con el Credo, y se quiebren los ojos, pierda el habla, sude el sudor de la muerte, quemén incienso para impedir el mal olor que tendré y, en fin, se me acabe la vida, empiecen los llantos, saquen lutos y quede tan espantable que quien más me quiso en la vida no ose estar a solas conmigo muerto! o ¡cómo me sacarán de la cama y echarán en el suelo, atarán pies y manos y, en fin, en una sábana vieja en que me envuelvan me harán pago! ¡Oh Señor, que es posible que ha de haber día en que doblen por mí y como yo he acompañado a muertos, seré yo el de las andas y otros me acompañen, y que tan descuidado viva!; ¡o que me pondrán en siete pies de tierra do me coman gusanos y luego me pondrán en olvido!» (*Inéditos*, pp. 119-120).

- Sobre los placeres: «cuán engañados viven los que regalan su cuerpo y se van tras sus deseos» (*Audi, filia*).
- Sobre el mundo: «mortificad los deseos de agrandar y desagradar el mundo y de tener en algo cuanto en él florece, puesto que tan presto y con tanto abatimiento lo habéis de dejar y él a vos» (*Audi, filia*).
- Sobre el cuerpo: «teniendo el cuerpo en esta posesión no seréis engañada acerca de la estima de él, mas tendréis verdadero conocimiento y sabréis cómo lo habéis de regir, mirando el fin en qué ha de parar; como quien se pone al fin de la nao para desde allí regirla mejor» (*Audi, filia*).
- Sobre la familia y los amigos: «pensará cuán grande es el engaño del hombre que por deudos y amigos viene a pecar, puesto que se ha de ver en un tiempo tan necesitado y no le podrán favorecer... aquí cobrará un ánimo firme y varonil para no fiar nada del dicho de las gentes» (*Carta 236*).
- Sobre la amistad con Dios: «seguirá verdadero sentimiento de su engaño de no haber servido a Dios y, por consiguiente, saca gran deseo y propósito de servirle y agrandarle» (*Carta 236*).
- Y, en general, sobre el modo de vivir y entender la vida: «viva acá como en una inmutabilidad entre las mudanzas, mirando cómo ya es todo pasado... así como agua que corrió con zurrido» (*Carta 5*).

A estas consideraciones sobre la situación del cuerpo en el momento de morir y después de la muerte, sigue la meditación sobre lo que sucederá al *alma ante el juicio de Dios*: «...poco a poco acercarse ha la hora en que por mandamiento de Dios salga del cuerpo y se determine de ella o perdición para siempre o salud para siempre». Invita el santo a pensar en el juicio particular, a situarse ante el Juez divino con vergüenza y confusión por los pecados; a sopesar como en una balanza poniendo en un platillo los bienes recibidos de Dios y en el otro cómo se le ha respondido a esa bondad, muchas veces pagando mal por bien; a pensar que Dios, como piadoso padre y dulce defensor, la ha salvado del infierno que se merecía. La meditación puede continuar contemplando las penas del infierno y del purgatorio y las alegrías del cielo¹².

Estas consideraciones deben llevar a:

- Apartarse del pecado como ofensa de Dios: «huir de enojar en vuestra vida al que en la hora de vuestra muerte habéis tanto menester» (*Audi, filia*).

12. La meditación sobre el infierno, el purgatorio y cielo la propone en la *Carta 236*.

- Conocer la malicia del pecado y aborrecerlo: «en esta consideración da Dios grande aborrecimiento del pecado y gran luz para conocer su malicia» (*Carta 236*).
- Darle importancia al pecado venial: «aquí (purgatorio) podrá ponderar qué cosa es pecado venial y estas cosas pequeñas a nuestro parecer, que, aunque culpas, no hacemos caso de ellas». (*Carta 236*).
- Adquirir la virtud de la paciencia: «estad aparejada a sufrir con paciencia cualquier trabajo o desprecio que se os ofreciere, considerando que, pues habéis ofendido a Dios, es muy justo que todas las criaturas se levantasen contra vos y vengasen la injuria de su Creador» (*Audi, filia*).
- No sólo conocerse, sino sentirse pecador, porque el Maestro Ávila concede más valor al sentimiento que al conocimiento intelectual: «que no el pensar, más el sentimiento es el fin del pensar» (*Carta 5*).

1.2. Sentido y tradición de este ejercicio

En definitiva, el ejercicio de autoconocimiento no es tanto introspección psicológica, sino situarse ante Dios y dejar que él nos dé conocimiento de nosotros mismos y mueva el corazón, los afectos y la voluntad, porque el sentir y gustar importa más que el entender¹³.

La meditación sobre la muerte, por tanto, es un medio pedagógico para lograr lo que hoy llamamos madurez humana, mediante el propio conocimiento, el cual tiene como dos caras: el reconocimiento de la limitación y nada humana (meditación de la muerte en torno al cuerpo) y el reconocimiento de la propia malicia y pecado (meditación de la muerte en torno al alma). La finalidad de esta meditación es apartar a la persona del pecado, según el texto de *Ecco 7, 40* «*acuérdate de tus postrimerías y no pecarás nunca*», que Juan de Ávila acostumbra a citar en este contexto¹⁴. El recuerdo de «las cuatro cosas postreras» pertenece al programa de catequesis elemental que puso en verso para mayor popularización¹⁵.

13. «Poned delante de los ojos de Dios vuestro corazón tan llagado y tan adeudado y suplicadle que os diga Él quién sois vos y en qué posesión os habéis de tener. Porque el efecto de este ejercicio no es solamente entender que sois malo, mas sentirlo y gustarlo con la voluntad y hallar tomo en vuestra maldad e indignidad, como quien tiene un perro muerto a sus narices» (*Audi, filia* 61: I, 711).

14. Cfr. *Carta 236* (V, 784) y las dos versiones de la *Breve regla de vida cristiana* (VI, 488; 500).

15. «Acuérdate de la muerte/ y del juicio final, / del infierno que es muy fuerte; / de la gloria celestial» (*Doctrina cristiana*: VI, 470).

Este ejercicio no es algo morboso o que infunda terror o miedo, sino que, lo mismo que la consideración de los propios pecados, ha de llevar a una serenidad interior y a una mayor correspondencia al amor de Dios: «Esta reprehensión (de Dios) no entendáis ser alguna cosa que desmaye y demasadamente entristezca el ánima, trayéndola desabrada; porque esta tal o es del demonio o del espíritu propio y débese huir. Mas es un sosegado conocimiento de las propias faltas y un juicio del cielo que se oye en el ánima, que así hace temblar la tierra de nuestra flaqueza con vergüenza y temor y amor, que le pone espuelas para mejorarse y con mayor diligencia servir al Señor»¹⁶.

Por lo demás el ejercicio de autoconocimiento no se reduce a la meditación de la muerte, sino que incluye también el examen de conciencia diario y la consideración sobre el ser, sobre el buen ser y sobre el bienaventurado ser, para adquirir humildad y reconocer que todo es gracia de Dios¹⁷. El conocimiento de sí mismo se completa con el conocimiento de Jesucristo, particularmente de su pasión y muerte salvadora, a cuya meditación ha de dedicar la hora de oración de la mañana, contemplando cada día una escena de la pasión¹⁸.

16. *Audi, filia* 62 (I, 713).

17. Cfr. *Audi, filia* 62-67 (I, 711-725). El bienaventurado ser, que es la «predestinación» a la gloria lo enuncia y trata brevemente en la 1.ª edición del *Audi, filia*, pero ya no lo enunciará ni tratará en la 2.ª edición, seguramente por la susceptibilidad que ante ese tema había en la Inquisición, debido a las posiciones protestantes y afines. Estas consideraciones llevan al conocimiento del «no ser» y la «nada» del hombre por sí solo. Es lo que los autores espirituales de la época llaman «anihilación», a la que también nuestro Santo dedica uno de los tratados recientemente editados, presentándola como el inicio de la vida de oración: «El principio por do hemos de venir a la cumbre de la oración es la humildad, porque aquel será ensalzado; y la humildad consiste en el conocimiento de nosotros. El modo como hemos de venir a este conocimiento se llama comunmente anihilación. De la cual escribiré no según lo que yo he ejercitado, sino lo que Dios por su bondad me diere... Para proceder con orden es menester saber qué es anihilación. No pienso que es otra cosa, sino conocer cada uno lo que es» (*Tratado de anihilación. Inéditos*, 99-106). La expresión «anihilación» o «aniquilación» fue un término técnico de nuestros místicos, que aparece en Taulero, Kempis, Palma, Laredo, Francisco de Borja, Juan de la Cruz... (cfr. M. ANDRÉS, *Historia de la mística de la edad de oro en España y América*, BAC, Madrid 1994, pp. 235-239).

18. Juan de Ávila explica así la necesidad y complementariedad de este paso: «Los que mucho se ejercitan en el propio conocimiento, como tratan a la continua y muy de cerca sus propios defectos, suelen caer en grandes tristezas, desconfianzas y pusilanimidad de corazón; por lo cual es necesario que se ejerciten en otro conocimiento que les alegre y esfuerce, mucho más que el primero les desmayaba. Y para esto ninguno otro hay igual como el conocimiento de Jesucristo nuestro Señor, especialmente pensando cómo murió y padeció por nosotros... Porque ningún libro hay tan eficaz para enseñar al hombre todo género de virtud ni cuánto debe ser el pecado aborrecido y la virtud amada, como la pasión del Hijo de Dios; y también porque es extremo de desagradecimiento poner en olvido un tan inmenso beneficio de amor, como fue padecer Cristo por nos, conviene, después del ejercicio de vuestro conocimiento, ocuparse en el conocimiento de Jesucristo nuestro Señor» (*Audi, filia* 68: I, 725-726).

En todo esto San Juan de Ávila es un exponente de la mística del recogimiento del siglo XVI, uno de cuyos elementos pedagógicos es la oración del propio conocimiento, que se hace por la tarde. Varios de los autores más representativos (por ejemplo García de Cisneros, Bernardino de Laredo, Francisco de Hevia y Luis de Granada) aconsejan también para esa oración la meditación sobre la propia muerte, a la que le asignan un día de la semana¹⁹. Y en general la meditación sobre la propia muerte era una de las piezas fundamentales de la espiritualidad de la época, particularmente resaltada por la «devotio moderna»: baste recordar el Kempis. El tema remontaba a muy antiguo, porque ya San Gregorio Magno, en su tan difundido comentario al libro de Job, había afirmado: «la perfecta vida es la meditación de la muerte»²⁰.

2. VISIÓN ESPERANZADA DE LA MUERTE

San Juan de Ávila, sacerdote que asiste a moribundos, sabe que la experiencia de la muerte es dolorosa. No obstante, su catequesis sobre la muerte es una visión esperanzada: «Por terrible y espantosa y despreciada que aparezca la muerte, hay en ella muchos y muy grandes provechos y bienes, si bien lo sabemos considerar...; pero es menester para que en esto nos aprovechemos, tener ojos cristianos y la prudencia del Espíritu Santo para bien sentir de ella» (*Sermón 82*: III, 342).

2.1. *Qué es la muerte*

Los ojos cristianos de Juan de Ávila miran la muerte bajo varias perspectivas. Con relación a la vida pasada, es la que pone a *prueba* el

19. GARCÍA DE CISNEROS, *Exercitatorio de la vida espiritual*, Montserrat 1500, propone la meditación de la muerte para los martes; B. DE LAREDO, *Subida del Monte Sión*, Sevilla 1535, la propone para los viernes; F. DE HEVIA, *Cruz de Cristo con mística teología de San Buenaventura llamado Viae Sion lugent*, Sevilla 1543, la sitúa en los martes; L. DE GRANADA, *Libro de la oración y meditación*, Salamanca 1554, la propone para los miércoles; J. DE GRACIÁN, *De la oración mental*, Madrid 1616, la recomienda también para los miércoles: vid. M. ANDRÉS, *Historia de la mística*, cit. pp. 236-237.

20. Cfr. S. GREGORIO MAGNO, *Moralia in Job*, 12. *La imitación de Cristo*, que Juan de Ávila tradujo en Sevilla en 1536, habla «del pensamiento de la muerte» en el cap. 23 del tratado I. Otro libro que tuvo mucha difusión fue *El Deseoso, por otro nombre Espejo de religiosos*, Sevilla 1533, atribuido al jerónimo Miguel de Comalada; describe la senda de la contemplación desde cada una de las diez cuerdas del salterio, de las cuales la segunda es la contemplación de la muerte (vid. M. ANDRÉS, *Historia de la mística, o.c.*, pp. 231-232). San Ignacio de Loyola no presenta la meditación sobre la muerte en sus *Ejercicios Espirituales*, aunque sí habla del juicio y presenta la meditación del infierno. Sin embargo los jesuitas comentaristas de los Ejercicios sí la añaden a la 1.^a semana; así Luis de la Puente en sus *Meditaciones de los misterios de nuestra fe*, Valladolid 1605, dedica una parte a las «Meditaciones de nuestras postrimerías», reservando los capítulos 7 y 8 a la muerte.

trabajo que se ha tejido: «*Telas de araña para sí tejieron* (cfr. Is 59, 5); trabajaron en vano como arañas que todos sus trabajos cuanto ellas han desvelándose tejiendo su tela, viene un moscardón y rómpelo todo y échalo por ahí... Cuando venga la moscarda de la muerte y te saque de esta vida, veremos qué tela hiciste, si de araña o no» (*Sermón 8, 18*: II, 154, 285). La muerte es la que pone las cosas en su sitio y relativiza todo lo relativo, porque hace comprender que la prosperidad de la vida es humo, que «los años de nuestra edad son un breve sueño, que recordando de él nos hallamos burlados» (*Carta 106*: V, 453); «unos llamaron al mundo sueño; otros le llamaron la ampollita que hace el agua, que luego se deshace» (*Lección 1 Jn, 14* (IV, 240); ésta es «una vida transitoria y que no tiene más vida que el nombre» (*Carta 107*: V, 456).

Sin embargo la vida es la oportunidad que Dios nos da: «año de probación, año de noviciado para que se vea si sois digno de ser morador del cielo» (*Sermón 18*: II, 283); el tiempo que tenemos de madurar y dar fruto. Y así la muerte es el final de la jornada (*Carta 37*: V, 227), el anochecer en que se viene a cobrar el jornal del trabajo que hemos hecho en la viña de la vida que, como en la parábola (Mt 20, 1-16), Dios nos ha confiado para dar frutos de santidad y caridad (*Sermón 8*: II, 154). Para una vida buena la muerte es el *momento de la cosecha* para el granero de Dios de los frutos que han llegado a su sazón, aunque se haya muerto joven (*Carta 37; 145*: V, 225; 529) o de aquellos que ya de mayores se han vuelto a Dios, porque él ha puesto su mano sobre ellos, «y así los trae poco a poco apulgarándolos hasta que los madura» (*Sermón 82*: III, 358).

Desde el punto de vista de lo que se deja, Juan de Ávila presenta con frecuencia la muerte como una *liberación*, utilizando una metáfora bíblica (cfr. Lc 21, 28; Rom 8, 23): en esta vida estamos en el cautiverio del cuerpo tan sujeto a miserias, bajo la cautividad de los pecados (*Carta 92*: V, 425), sometidos a peligros y trabajos (*Carta 145*: V, 528). De modo que la vida es un destierro (*Sermón 82; Carta 28; 106; 107*: III, 351; V, 197; 454; 456), una cárcel, un lugar de cieno, lodo y polvo, expresiones que toma de diversos pasajes bíblicos (cfr. Sal 39, 6; 112, 7) (*Carta 27; 28*: V, 194; 202). Así la muerte es la hora en que, tras tantos golpes, se rompe nuestro barro, como el lazo que nos aprisionaba y quedamos liberados (cfr. Sal 123, 7) (*Carta 183*: V, 635). Él mismo, aquejado de enfermedades y dolencias en Montilla, espera la muerte como la cédula de liberación: «Paso mi destierro hasta que nuestro celestial Rey envíe su cédula de que es alzado y la saque como mejor aparejada; que yo y muchos amadores de nuestro Señor desean esta merced» (*Carta 186*: V, 657). Parecida idea expresa con otra metáfora: la vida es el tiempo de navegar en medio de tempestades, mien-

tras que la muerte es el tiempo de desembarcar en el puerto seguro (*Carta 28*; 92: V, 197; 425; *Inédito 6*: p. 119).

Pero esta liberación no es el final, sino que es el *paso a la vida* definitiva, plena y feliz, que da sentido a esta vida transitoria y hace entender la muerte con significado positivo para aquellos que han vivido bien. En efecto: «entre cristianos el morir no es sino dormir, hasta el día de despertar a tomar nuestros cuerpos para reinar con Cristo en cuerpo y en ánima» (*Carta 106*: V, 455). «No penséis que se os ha muerto, pues no es muerto quien con Dios vive; no lo lloréis pues él goza de la fuente perpetua de la alegría» (*Carta 107*: V, 456). La muerte es «la promoción a la prebenda de la celestial Jerusalén, donde sin cesar es Dios alabado y visto faz a faz» (*Carta 145*: V, 528; cfr. *Sermón 82*: III, 347). Es el paso de lo negativo a lo positivo «Aunque la muerte parece cosa triste y temerosa, por ella se pasa a la vida que es alegre y llena de deleites; salimos de las miserias de este mundo y vamos a gozar de los bienes que Dios nos tiene prometidos en el otro; salimos de los peligros y vamos a la seguridad; y salimos del destierro y vamos a la propia tierra nuestra, que es el cielo» (*Sermón 82*: III, 351)²¹.

Así entendido, este paso de la muerte no es algo que tiene que ocurrir, sin más, sino que es *una llamada personal del Señor*, al que hay que estar esperando y preparado para abrir, como los siervos fieles de la parábola (cfr. Lc 12, 35-48) (*Carta 235*: V, 777). Es la venida del Esposo para unirse en matrimonio con su esposa, como explica a una monja cercana a la muerte: «Saldrá ver a su Esposo y a gozar de los bienes que le ganó con los clavos en las manos y en los pies puesto en la cruz... Allá la llevará consigo, allá se la llevará; que el desposorio que, cuando acá profesó, con Él celebró, algún día se había de concluir con estar en el cielo Esposo y esposa» (*Carta 92*: V, 425)²².

21. Animando a un jesuita que había sido discípulo suyo, D. Antonio de Córdoba, cercano ya a la muerte, exclama con palabras que reflejan, sin duda sus sentimientos íntimos, él que en ese año 1567 veía también cercana su muerte: «¡Oh qué bienaventurada hora de la muerte corporal, pues por ella se sube a tener silla con los príncipes que siempre viven en el acatamiento de Dios! ¡Oh día, fin de los trabajos, fin de pecados, y en el cual el hombre sube a comenzar a servir al Señor de verdad, donde se consuela por los servicios tan imperfectos que acá le hizo! ¡Que acá anda el hombre cosqueando y hambreado con deseo de agradar a Dios y de servirle con todo su corazón y en el cielo cúmplese este deseo tan cumplido que todo el hombre es empelado en el servicio y alabanza de Dios sin que alguno se entremeta a lo impedir» (*Carta 145*: V, 528-529).

22. Esta alegoría bíblica de las bodas, que expresa la unión amorosa consumada en la gloria, la emplea el místico Juan de Ávila para la muerte de monjas, como lo dice de otra: «En bodas está o ataviándola para el día de ellas... Su corazón está transformado y absorbido en el mar infinito de la dulcedumbre de Dios y hecha un espíritu con Él, con atadura y abrazo tan fuerte, que mientras Dios durare, ninguna cosa será tan fuerte y tan poderosa para la apartar a la bienaventurada soror María de este casamiento tan apretado y casamiento tan justísimo quen entre ella y Dios se ha celebrado o muy pronto se celebra».

2.2. *La esperanza y la muerte*

El maestro de vida espiritual Juan de Ávila enseña a meditar en la muerte para adquirir conocimiento propio y luchar contra el pecado. Pero su pedagogía —en este tema y en general— no es la del temor, sino la de la confianza. La esperanza es medicina para el mal del corazón y piedra preciosa, como le gusta decir con palabras cargadas de humanismo y sentido cristiano: «Puso nuestro Señor virtudes en piedras; así hay algunas que son muy provechosas para el mal del corazón; así Dios a quien quiere dar esta piedra, este joyel de la esperanza, con ella está nuestra alma muy contenta y muy alegre» (*Sermón 82: III, 351*). La misma idea repite en numerosas cartas y en el único sermón de exequias que se nos ha conservado, que toma como fundamento las palabras de 1 Ts 4, 13: «*No tengáis tristeza como los que no tienen esperanza*». Su argumento es: para superar el miedo a la muerte hay que tener esperanza y para tener esperanza hay que tener el corazón desasido del mundo y puesto en el cielo²³.

Los *fundamentos* en que se apoya la esperanza cristiana ante la muerte son:

1. *La muerte de Cristo*, porque muriendo nos ha liberado de la muerte: «Dios saca a triaca de la ponzoña contra la misma ponzoña... Vistiéndose de carne humana, que, aunque limpia de todo pecado, fue *semejable a carne de pecado* (Rm 8, 3), pues fue sujeta a penas y muerte, lo cual el pecado metió en el mundo. Y con estas penas y muerte, que sin deberlas tomó, venció y destruyó nuestros pecados; destruidos los cuales, se destruyen penas y muerte, que entraron por ellos; como si uno pegase fuego a un tronco de un árbol con los mismos ramos del árbol, y así quemase el tronco y los ramos» (*Audi, filia: I, 607-609*)²⁴.

rá» (*Carta 28: V, 202*). Pero también la refiere a otras personas, como cuando se despide de su amigo el jesuita D. Antonio de Córdoba que está a punto de morir, evocando la despedida que le hacen sus hermanos a Rebeca, cuando parte para casarse con Isaac (*Carta 145: V, 529*).

23. «El tener esperanza, como dice San Pablo, es remedio para que no le tengamos miedo (a la muerte); y tener miedo es señal de no tener esperanza; ni hay otro remedio ninguno para tener esperanza que no dejar acá en el mundo algún arrimo. No es posible que en el corazón donde hay amor de las cosas de acá, lo haya de lo verdadero. Quita, arranca de raíz el amor, el cuidado demasiado de estas cosas percederas, que tan presto las dejamos y veremos luego cómo crece el amor y la esperanza de las cosas del cielo» (*Sermón 82: III, 343*).

24. La «atriaca» o «triacaca» es un contraveneno que, según Covarrubias, «hácese de la carne de la víbora y por eso le dio el nombre o porque es opuesta a su veneno y hace que no tenga efecto». Esta original metáfora, para referirse a Cristo, que muriendo destruyó la muerte, aparece también en ALONSO DE LEDESMA, *Conceptos espirituales*, Madrid 1602, que en un romance a la cruz dice: «Sois caja de la triaca/ contra la serpiente fiera, / y para ser cocida/ estais con rótulo puesta».

Además, nos ha dado ejemplo para afrontar la muerte y tener consuelo ante ella: «Aunque el buen cristiano pudiese excusar la muerte, viendo a su Señor Jesucristo que pasó por ella, no había de querer excusarse» (*Sermón 82: V, 351*).

2. La *resurrección de Cristo*, que tiene eficacia no sólo para Él, sino para todo el que está incorporado a Él: «*En verdad que si creemos que Jesús murió y resucitó, que también nos resucitará a nosotros con Él, si muriésemos por Él* (1 Ts 4, 14). ¿De dónde vale esa consecuencia? Vale porque cierto está que donde están los pies está la cabeza... Ya él ha tomado la posesión por todos; allá nos está esperando. Él pagó por nuestros pecados; ya nos concilió por su preciosa sangre al Padre. Él pagó nuestras deudas; ya estamos presos en Él; todo lo que él tiene es nuestro; para nosotros lo quiere. Ámalo, hermano. Goza del bien que te ganó. Incorporate con Él y entrarás en tu propia honra. No temas nada» (*Sermón 82: III, 352*)²⁵.

3. La prenda del *Bautismo*, que nos incorpora al Misterio Pascual de Cristo: «¿Tenemos alguna seguridad, tenemos alguna prenda que nos pase por este paso (de la muerte)? —¿Vos no sois bautizado? ¿Y no os metieron debajo del agua que es señal de morirse? Pues Dios nuestro Señor ¿no sacó a los hijos de Israel por mitad del agua del mar Bermejo? Salieron libres y vivos; salieron vivos entrando por medio del mar. ¿Qué quiere decir esto? Que ansi como por el bautismo te metieron debajo del agua y saliste vivo, así entrarás en la escuridad y terrible trago de la muerte y saldrás vivo; tragarte ha la ballena y vomitarte ha como a Jonás» (*Sermón 82: III, 351*)²⁶.

4. El *bien prometido del cielo*, que es estar con Cristo, al que da acceso la muerte: «¿Para qué quiero tomar pena por la muerte? Consolaos, hermanos, que habéis de estar siempre con Cristo; vivid gozosos y en esta esperazna, que habéis de reinar con Cristo, que habéis de alegraros. Afrenta hace a Jesucristo quien no está consolado y alegre con esta esperanza» (*Sermón 82. III, 344*).

5. El *ejemplo de los que han muerto bien*, aunque no fueran santos como los Apóstoles, sino débiles como nosotros: «Estos con quien tratamos, que conocíamos flaquillos como nosotros, nos dan aliento y nos

25. El Maestro Ávila para sí mismo, estando en el trance de la muerte, pide que se diga una Misa de la Resurrección, «como hombre que comenzaba ya a consolarse con la esperanza de ella», según comenta Luis de Granada (*Vida del Padre Maestro Juan de Ávila*, c. 7).

26. Cfr. *Carta 145: V, 529*, donde el mar Bermejo es la sangre de Cristo, que nos limpia de los pecados «haciéndonos participar de los santos sacramentos».

esfuerzan para que esperemos que también nos hará Dios misericordia y que también nos salvaremos nosotros como ellos»²⁷.

Éstos son los fundamentos de la esperanza, que da confianza ante la muerte. Pero Juan de Ávila es consciente de que puede haber falsa esperanza. Y por eso atinadamente distingue —en una división similar a la de fe viva y fe muerta— entre esperanza viva y esperanza muerta, terminología a la que le da pie la expresión «esperanza viva» de 1 P 1, 3: «¿Hay esperanza viva y esperanza muerta? Y si la hay, ¿cuál es viva y cuál es muerta? Hermano, si presumes en tu corazón y lo dices con las palabras que has de ir al cielo y no tienes los efectos en las obras, esta esperanza muerta es. Esa tal esperanza presunción la llamo yo. Quiero decir que el que tiene esperanza y con ella tiene obras, declara que es para ir al cielo. Ama, obedécele, sírvele, entienda en hacer buenas obras a sus prójimos. Y si no hay nada de esto, sino solamente dice con la boca: “Al cielo tengo de ir, esperanza tengo de ir allá”, esta tal esperanza muerta es y sin fruto alguno» (*Sermón 82*: III, 354). El Maestro Ávila con toda la tradición espiritual y escolástica afirma, por tanto, con un sano equilibrio, que la verdadera esperanza está entre la desesperación y la presunción, en contra de algunas ideas de protestantes y alumbrados sobre la certeza de la salvación²⁸.

Así como el miedo es paralizante, la verdadera esperanza tiene repercusiones en la vida. San Juan de Ávila evoca, por ejemplo, las siguientes: produce alegría y paz, como sentir «el refresco del airecito» del cielo²⁹; anima a santificarse con «un vivísimo amor y cari-

27. Lo dice en el sermón de exequias de un cristiano, que al final se fue acercando a Dios, y comenta cómo fue su muerte: «Asentado tengo yo en mi corazón que está camino de salvación... Los que conocísteis a este difunto, sabréis que digo verdad. Yo le fui a confesar y a comulgar y fue tanto el sentimiento que tuvo y las lágrimas que derramó, que creo por mí cierto que no le negará Dios su gloira, porque no sabe Dios negar nada al que así se lo pide» (*Sermón 82*: III, 358).

28. En *Audí, filia* habla de la presunción y de la desesperación como de lenguajes del demonio que hay que huir. A la presunción le dedica el c. 17 y a la desesperación del 18 al 24. El c. 17 en la 2.^a edición es notablemente ampliado, sin duda teniendo en cuenta la doctrina de Trento, para distinguirse de algunas corrientes de la época, como el protestantismo con su concepto de fe fiducial y los alumbrados, que afirmaban poder tener certeza de la propia salvación, apoyada en la experiencia del amor de Dios y no en las obras: cfr. M. ANDRÉS, *La teología española en el siglo XVI*, II, BAC, Madrid 1977, pp. 227-259; 592-598. Sobre el tema en la época, vid. F. SÁNCHEZ-ARJONA, *La certeza de la esperanza cristiana en los teólogos de la escuela de Salamanca*, Roma 1969, 242 p.; L.F. LADARIA, *Teología del pecado original y de la gracia*, BAC, Madrid, pp. 215-216; 295-296.

29. «El que no se hallare con esta esperanza que ha de ir a gozar de su Dios, no se alegre, no descance ni se dé rato de placer hasta que le truequen el corazón, hasta que se halle con algún amor y deseo de Dios, hasta que sienta el refresco del airecito de su tierra» (*Sermón 82*: III, 357).

dad»³⁰; aguanta los sufrimientos como las tenazas con que el herrero sujeta el hierro al golpearlo³¹; empuja a entrar en los monasterios, porque «esta hartura los trae muertos de hambre»³².

2.3. Preparación a la muerte

La meditación de la muerte no sirve sólo para el propio conocimiento, sino también para estar bien preparado a la muerte. Conocida es la importancia que tiene en la pastoral de la época este tema, que produjo una verdadera literatura de «*Ars moriendi*»³³. San Juan de Ávila es también un buen maestro de ello. Advierte que la muerte es como un ladrón que llega por sorpresa y que, puesto que en ella se decide la vida eterna, hay que preparar con mucho mayor cuidado que se hace la provisión de un año para la casa (*Sermón* 82: III, 343.350). Hay ocasiones especialmente oportunas para hacerlo, como la Cuaresma, porque no sabemos si moriremos antes de Pascua (*Sermón* 7: II, 137). Pero ha de ser toda la vida, desde el uso de razón, y particularmente en

30. «*El que tiene esta esperanza, santifícase en el Señor, como Él es santo* (1 Jn 3, 3)... Andan encendidos en un vivísimo amor y caridad, que no les deja reposar, embebidos y absortos en cómo amarán más, cómo servirán más, cómo agradarán más» (*Sermón* 82: III, 347; cfr. *Sermón* 18: II, 282).

31. «Cuando el herrero quiere machacar algún hierro, toma las tenazas y áselo muy bien, y cuando lo tiene asido, fiérole a su placer sin temor que se le suelte. No hay cosa, por amarga que sea, que la esperanza de ir al cielo no la sufra» (*Sermón* 82: III, 345).

32. «¿Quién hace a los que tienen rentas y posesiones, olvidar y dejarlo todo y irse abobados a los monasterios a servir, a ser como esclavos, a ser bajuelos y menospreciados y mal vestidos y rotos y precian más esto que todo lo de acá? ¿Quién hace esto? La esperanza. Asíóles Dios, mostróles una centellica de lo de arriba, quedaron tan enamorados, que no hay ninguno en el mundo ni regocijos que los levanten, ni mal ni trabajos que los derriben... Esta hartura los trae muertos de hambre; esta abundancia los tiene en necesidades; esperando este consuelo quieren vivir desconsolados...» (*Sermón* 82: III, 346).

33. A principios del siglo XV escribe Gerson un tratado sobre el tema; a lo largo de ese siglo se extienden por Europa estos manuales, tanto con exposiciones como con grabados populares. ERASMO también escribió *De praeparatione ad mortem*, que sería traducido al español por Juan DE LA JUNTA, *Libro del aparejo que se debe hacer para bien morir*, Burgos 1535; y por Bernardo PÉREZ CHINCHÓN, *Aparejo de bien morir*, Sevilla 1551. Una obra original es la de Alejo VENEGAS DE BUSTO, *Agonía del tránsito de la muerte con los avisos y consuelos que cerca della son provechosos*, Toledo 1537. Sobre este tema viv. I. ADEVA MARTÍN, *Las artes de bien morir en España antes del Maestro Venegas*, en «*Scripta Theologica*» 16 (1984) 405-415. Otras obras posteriores, dentro de la misma época, son: FRANCISCO EIXIMENIS, *Carro de las donas. La vida y muerte del cristiano, con un quinto libro: De memoira aeterna, sive de paraeparatione ad mortem*, Valladolid 1542; FRANCISCO DE HEVIA, *Cruz de Cristo con mística teología de San Buenaventura llamado Viae Sion lugent... y praeparatio mortis*, Sevilla 1543; JAIME MONTANÉS, *Spill de ben viure e per ajudar a ben morir*, Valencia 1561; PEDRO ALONSO DE BURGOS, *Libro de la preparación para la muerte y de cómo debe ser tenida en poco*, Barcelona 1668.

la edad madura de la ancianidad, «anunciadora de la muerte»³⁴ y que es como la cuesta que hay al final del camino para subir a la ciudad (*Carta 183*: V, 635). Las enfermedades esos «mensajeros de la muerte», como llamaba a las suyas el Santo Maestro (*Carta 23*: V, 775), recuerdan también la necesidad de prepararse.

Además del sermón 82 de exequias, conservamos cuatro cartas del Apóstol de Andalucía dirigidas a personas cercanas a la muerte: a una monja (92), a un amigo casado (137), a un jesuita todavía joven que había sido discípulo suyo (145) y a un sacerdote anciano (183). A través de ellas se puede ver el amigo cercano y delicado, el consejero experto y el hombre de Dios. La mejor preparación remota a la muerte, dirá, es ir muriendo con Cristo al pecado: «muere en todo con Cristo porque vivas para siempre con Él» (*Sermón 82*: III, 356). Como preparación próxima que corresponde a la edad madura, propone hacer frutos de penitencia y «andar con un santo fervor, como abeja que hace miel, buscando cómo más y más nos llegaremos a Dios con el corazón, pues en la edad ya estamos más cerca de ser presentados delante de Él»³⁵. Dedicarse a la lectura de libros piadosos y a la oración; y, en el caso de personas casadas, apoyarse el matrimonio y caminar juntos (*Carta 137*: V, 512). Recordemos que en esta época el retiro en la vejez significaba apartarse de la vida activa para poderse dedicar con mayor intensidad a la atención de su alma y así prepararse a bien morir, como el mismo Ávila lo hace retirándose a Montilla en 1554 o el Emperador Carlos V al monasterio de Yuste en 1557.

Como preparación inmediata, da los siguientes consejos: ante todo mantener la confianza en Jesucristo y ofrecerse a Él: «Todo lo puede su Jesucristo y Él la ama y no la desampará... Póngase muy en sus manos, ofreciéndose de corazón a Él para vida o muerte o para lo que Él quisiere» (*Carta 92*: V, 425). Confesar y comulgar (*Carta 92*; *137*: V, 425;511). En la medida de lo posible, entrar en mayor soledad para orar a Jesús, a la Virgen y a los santos y meterse en las llagas de Je-

34. «Cuando un hombre comienza a usar de razón había de comenzar a ordenar su vida para el día de su muerte, de tal manera que su vida fuese un cuidado de cómo estaría aparejado para que la corona de gloria asentase bien sobre su cabeza. Mas ya que en esto haya descuidado, débese llorar y enmendar; y cuando viene ya la edad más madura y anunciadora de la muerte, debemos... de todo corazón entender en el aparejo para nuestra muerte» (*Carta 137*: V, 510).

35. *Carta 137*: V, 511. En esta carta emplea otras comparaciones: «...deshacer los males pasados para que, pesados en balanza justa nuestros males y bienes y siendo de nuestra parte la misericordia de Dios, pese tanto nuestro cuidado en el servicio de Dios, como algún día pesó el cuidado del mundo. Conviene ser limosneros, caritativos, devotos, pacientes y humildes». «Como hombre que va corriendo una posta en que la vida le va, que no vuelve la cabeza a otras cosas, así haga a lo de acá».

sucristo para descansar allí³⁶. Tener a su lado personas que ayuden a bien morir y pronunciar jaculatorias como «Bendito sea Jesucristo» y «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (*Sermón 82*: III, 358; *Carta 145*: V, 530).

La muerte del santo fue la mejor ejemplificación de sus consejos. Cuando el médico le avisa que se está muriendo, invoca a la Virgen con el *Recordare*, pide confesión y que digan la misa de Resurrección, recibe el Viático y pide recibir la Extremaunción conscientemente; solicita Misas por su alma; pide a los sacerdotes que le acompañan que le hablen de la confianza en Dios; besa las llagas de un crucifijo y lo abraza consigo, invoca repetidamente los nombres de Jesús, María y José, contempla una imagen del *Ecce Homo* y dice sus últimas palabras antes de expirar: «ya no tengo pena alguna en este negocio»³⁷.

2.4. *Fortaleza y consuelo ante la muerte*

El Epistolario de San Juan de Ávila nos brinda varias cartas a personas afligidas por la muerte de seres queridos: a la abadesa de la Encarnación de Granada ante la muerte de su hermano el cardenal don Gaspar de Ávalos, arzobispo de Santiago (27); a una señora por la muerte de su hermana monja (28); a otra señora por la muerte de un familiar (29); a un amigo por la muerte de un hermano sacerdote (37); a una señora por la muerte de su marido (106); a un amigo por la muerte de su hijo (107), a una hija devota por la muerte de su marido (200). En ellas exhorta, desde la esperanza cristiana, a afrontar con fortaleza y consuelo estas situaciones.

Profundamente humano como es, *comprende el dolor, pero anima a superarlo*: «Licencia tiene vuestra merced para sentir este golpe, mas no para se desmayar; pues así como lo primero es cosa cristiana y es fruto de amor, así lo segundo es cosa contra la obediencia que a nuestro Señor se debe en todo lo que con nosotros hace y contra la confianza que Él manda tener en medio de los trabajos» (*Carta 27*: V, 194); por eso exhorta a poner tasa al dolor, que es «dar fiesta a la carne», y a que «no tome la pena con algún exceso de lo que sería razón tomar, porque

36. «Su plática sea con Jesucristo y su madre bendita; y para que su flaqueza esto no impida, será bien mirar una imagen del crucifijo y su madre par de Él. Dé gracias a Dios muy de corazón por las mercedes que le ha hecho, así generales como particulares; y métase en las llagas de Jesucristo, que es la iglesia de donde la justicia no sacará a los malhechores arrepentidos; y allí descanse y espere que por aquella sangre y muerte irá a gozar en el cielo de la vida que nunca se acaba» (*Carta 92*: V, 426).

37. Cfr. L. SALA BALUST, *Biografía del Maestro Juan de Ávila*, en *Obras Completas*, I, pp. 332-336.

esto sería doblada pena: con amargura de pena, juntarse ofensa de Dios» (*Carta 28; 29; 106: V, 197, 204, 455*).

Son varias las razones con que arguye para impedir que la persona se hunda en el desconsuelo o en la depresión. La más fundamental es la necesidad de aceptar la voluntad de Dios, como Jesucristo en el huerto, y mostrar así obediencia y amor a Dios, de modo que «amor es el que la ha entristecido, amor es el que la consuele» (*Carta 27; 28; 106: V, 195, 201, 453*). Otra razón son los ejemplos que la Sagrada Escritura y los santos nos ofrecen de superación del dolor: Job, que perdió a sus siete hijos; Ezequiel a su mujer; Helí a sus dos hijos; David a su hijo; Elías perseguido; Tobías en la tribulación; la Virgen ante la muerte de Jesús; San Jerónimo que reprende a su hermana Paula por el dolor ante la muerte de su hija (*Carta 28; 29: V, 198-200; 203-205*). Un nuevo argumento es que el gozo de la ganancia compensa el dolor de la pérdida: «pues la ama (a la difunta), debe vencer el gozo de su bien a la pena de su ausencia, como un gigante a un enano, pues aquello es eterno y lo otro temporal» (*Carta 28; 27; 37; 107: V, 202, 194, 225, 456*). Y, finalmente, una razón de un experto maestro de vida espiritual: «Pues estando sumido el corazón en el abismo de la tristeza y enflaquecidas todas las fuerzas, no se pueden tener en pie para lo que cumple a los prójimos y a lo que cumple al Señor... Cierto, quien a otro ha de servir, tan ajeno ha de estar de profunda tristeza, como de otro cualquier impedimento, porque no podrá hacer servicio o irá lleno de hiel para sí o para quien lo recibe» (*Carta 28: V, 197*).

La esperanza cristiana hace que de la misma muerte, que parece un mal, se saque bien. San Juan de Ávila exhorta a que sea *ocasión de avance en la vida espiritual*. Con esos golpes de azuela Dios va «labrando a los suyos para asentarlos después en su templo de paz» (*Carta 28: V, 200*). El sacrificio que supone esa muerte se convierte en una expresión del amor a Dios cuando, como Abraham, somos capaces de ofrecerle de buen grado el ser querido que él nos ha pedido (*Carta 37; 106: V, 226, 452*). Ha de servir para «despertar nuestros ojos, que estaban muertos de sueño»; es «un gran empujón para ayudarnos a ir al cielo, porque con el dolor se purgan los pecados y despertaremos de nuestra tibieza» (*Carta 27; 200: V, 194-195, 683*), de modo que se ande «más aprieta el camino de Dios» (*Carta 29: V, 205*), caminando «en compañía de Jesucristo» que lleva la cruz (*Carta 200: V, 684*), ya que «pues los mozos tan presto se mueren, no tardarán los viejos de ir» (*Carta 107: V, 457*). Servirá también para crecer en amistad de Dios y confianza en Él, pues, al experimentar que faltan ya las personas que nos apoyaban en la vida, se sentirá más a Dios como «Juez de viudas y padre de huérfanos» (Sal 67, 6) (*Carta 37; 106; 200: V, 225, 454, 683*).

Estos valores que la esperanza cristiana es capaz de sacar de la muerte, los ejemplifica nuestro santo en dos pasajes bíblicos: Ester, que besó el *cabo* de la vara del rey Asuero (Est 5, 2), porque el *fin* del castigo es el provecho (*Carta 29; 106: V, 206, 455*); y la hiel amarga que es medicina para los ojos de Tobías (Tb 11, 8-16) (*Carta 29; 106; 200: V, 206, 454, 684*). Por lo demás, para afrontar con esa fortaleza la muerte y sacar provecho de ella, hacen falta unos medios espirituales, que Juan de Ávila los ve simbolizados en los que emplea Elías por inspiración de Dios para superar una situación depresiva (cfr. 1 Reg 19, 6-9): «Es menester esforzarse y levantarse con propósitos nuevos, como quien agora comienza a comer el pan subcinericio, que es confesar y comulgar, y beber el agua, que es oír la palabra de Dios, porque para no faltar en el camino, todo esto es menester; y comenzar luego a caminar» (*Carta 28; 106: V, 202, 455*).

Por último, ante la muerte de seres queridos el santo consejero invita a desarrollar la *relación con los fieles difuntos*, según la teología católica. En primer lugar, confiar en su intercesión por los vivos, porque «el justo más puede después de muerto que en vida, pues estando vivo delante el trono de Dios, puede más aprovechar con su oración que acá con su cuerpo» (*Carta 37; 107: V, 225, 457*). Otro modo es «procurando imitar en la vida» las virtudes de los difuntos (*Carta 107: V, 457*). Asimismo «será bien hacer algunas buenas obras por el difunto, porque si alguna cosa lo detiene en el purgatorio, el Señor lo suelte» (*ibid.*)³⁸. Y finalmente, vivir de tal modo que sea posible el reencuentro en el cielo: «si verlo deseáis, trabajad de ir al cielo, que allá lo hallaréis» (*Carta 107: V, 457*) «para que allá gocemos de nuestros amados y del mismo Señor que los lleva» (*Carta 200: V, 685*).

CONCLUSIÓN

Al aproximarnos al pensamiento de San Juan de Ávila sobre la muerte, nos hemos encontrado con un maestro espiritual que bebe de la tradición patristica y medieval, por ejemplo en el tema del conocimiento de sí mismo; un testigo de las corrientes espirituales de su tiempo, que tanta importancia daban a la meditación de la muerte y a la buena preparación; un católico fiel a la doctrina de la Iglesia, en la que sabe orientar finamente, manteniendo un sano sentido de la «esperanza viva». A la vez ha aparecido el pastor de almas preocupado por la eterna salvación de sus fieles; el consejero que sabe consolar y forta-

38. Sobre la posibilidad de ayudar a las almas del purgatorio ganando indulgencias y aplicando misas, cfr. *Plática 12* (III, 458); *Advertencias al Sínodo de Toledo II*, 88 (VI, 345).

lecer con argumentos teológicos y antropológicos y el maestro equilibrado que plantea de frente y con realismo el tema de la muerte, pero sin caer en las descripciones tremendistas de autores barrocos posteriores, de modo que pueda conducir a la confianza en la misericordia divina y a la conversión.

Sus escritos nos ofrecen doctrina y pedagogía para acertar a presentar hoy a los fieles el hecho de la muerte —que nuestra sociedad tiende a ocultar y a convertir en tabú— como un medio de maduración en la libertad y un motivo de crecimiento en la esperanza cristiana³⁹.

39. «La fe nos ofrece una inestimable ayuda para afrontar con realismo y esperanza nuestro destino mortal. La piedad cristiana no ha tenido nunca dificultad incluso en proponer la meditación de la muerte (*“acuérdate que has de morir”*) como un medio de maduración en la libertad... Pero el arte de morir presupone que se ha vivido ejercitándose en la sabiduría cristiana de la esperanza...: saber esperar el encuentro con el Amor vencedor de la muerte»: COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA DOCTRINA DE LA FE (Conferencia Episcopal Española), *Esperamos la resurrección y la vida eterna* (26 noviembre 1995), n. 30.